Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Juntos somos fuertes

Un crudo invierno, muchos habitantes de la tierra enfermaron. A Ma Monikazi le ardían las mejillas. El sudor goteaba de su cuerpo. Quería acercarse la hierba helada a la cara para refrescarse. Bajo la manta, se abrazó el vientre y le cantó al bebé que llevaba dentro:



—Sé fuerte, pequeño. El invierno no es largo. Sé valiente, pequeño. ¡Juntos somos fuertes!

Su estómago gruñía cuando las fuertes patadas del bebé la despertaban por la noche. Comía los restos de carne de la olla, hambrienta de vida.

Una noche brillante, la luna estaba más grande, más gorda y más rosada que nunca. Su respiración se aceleró. El bebé estaba listo. Las tías de la sala de partos le frotaron la espalda y calentaron el agua. Cuando Monikazi tuvo a su preciosa hija en brazos, supo que era una niña especial, una luchadora.

¡Qué bendición! Se llama Nontsikelelo. Será la madre de todas las bendiciones.

Nontsikelelo era guapa y fuerte, con unos ojos negros de botón. Adoraba a su hermano mayor, Mcengi. Él la hacía reír, y así se contagiaba la risa. Le encantaba comer carne antes de tener dientes. Su tía favorita siempre guardaba una pequeña porción en un lado del plato para Ntsiki. Mcengi perseguía a las gallinas que arañaban en el jardín, donde Ma Monikazi cultivaba espinacas y calabazas para alimentar a su familia. Ntsiki corría tras él a medida que sus piernas se fortalecían.

Ma Monikazi tuvo otro niño, Velaphi, y otro, Qudalele. Por último, otra hermana, Nomyaleko. La pequeña Ntsiki doblaba pañales y lavaba la ropa del bebé. Barría la casa y alimentaba el fuego. Levantaba a su hermanito cuando lloraba y le hacía cosquillas hasta que se reía.



Les enseñó a cantar:

—Sé fuerte, pequeño. El invierno no es largo. Sé valiente, pequeño. ¡Juntos somos fuertes!

Qingqiwe, su abuelo, criaba caballos. Su favorito era Shishi, una yegua negra brillante. En cuanto Ntsiki tuvo edad suficiente, la subió a la silla de montar delante suyo. La rodeó con sus fuertes brazos. Le pasó las riendas por los dedos.

Le enseñó a hablarle suavemente a Shishi, a acicalarla con un cepillo de cerdas duras. Cuando acarició su lustroso pelaje, Ntsiki susurró:



—Eres la criatura más hermosa. Gracias por dejarme montar en tu lomo.

Su padre, Bonilizwe, volvía de las minas en Navidad. Ntsiki se subió a la ancha espalda de Shishi. Salió a su encuentro en la parada del autobús. Ntsiki se sentó alta y recta. Sus rodillas se mantenían firmes. Manejaba las riendas con dedos suaves.

Qué orgulloso estaba Bonilizwe de su hija. La mayor sonrisa que Ntsiki había visto nunca cubrió el rostro de su padre.

Cuando cumplió seis años fue a la escuela.

—Debes elegir un nombre inglés —le dijo la profesora presbiteriana, pero a Ntsiki le gustaba su propio nombre.

—¿Por qué necesito un nombre nuevo? —preguntó. La profesora frunció el ceño y leyó los nombres en voz alta:

—Adah, Agnes, Albertina, Anna.

¿Qué significaban? A Ntsiki le gustaba más el nombre largo. ¡Al—ber—ti—na! El nombre tenía ritmo. ¡Al—ber—ti—na! El nombre tenía fuerza. Albertina era un nombre con el que no se jugaba.



Cuando su prima se casó con un apuesto hombre de un pueblo cercano, Albertina fue elegida umkhapi. La dama de honor. Semanas antes de la boda, cosió su isikhakha, la falda corta tradicional, y enhebró cuentas brillantes en su amatikiti. Su madre le dio la bandera blanca y le dijo:

—Tienes un gran trabajo, mi bendición.

En el cruce de la carretera, Albertina agitó la bandera y luego hizo retroceder a Shishi, guiando a todo el mundo desde kilómetros a la redonda hacia la ceremonia. La gente hubiera murmurado si cometía un error, pero los invitados se alinearon al borde de la carretera. Gritaban y cantaban. Arrojaron flores para el caballo y la chica.

Su madre a menudo estaba enferma y necesitaba a Albertina para cuidar de la casa. En su último año de primaria, Albertina era la alumna de más edad de la escuela. Fue elegida delegada, y lucía su insignia con orgullo.



Su mejor amiga, Betty, le habló de un concurso y le dijo:

—Tienes que presentarte, mi inteligente amiga.

—¿Cuál es el premio? —preguntó Albertina con curiosidad.

—Una beca para el instituto —dijo Betty—. Debes presentarte. ¡Seguro que lo ganas!

Albertina estudió hasta que la vela se consumió. Practicaba sumas. Practicó ortografía. Afiló los lápices y sacó brillo a sus zapatos. A la mañana siguiente, se cruzó con Shishi en el prado. El caballo relinchó y pateó el suelo.

Comenzó la prueba. A Albertina le temblaban los dedos. Las sumas eran complicadas. Se le secó la boca. Se le acalambró la mano sobre el lápiz, pero continuó.

—¡Bien hecho, Albertina! —dijo su profesora al final.

Llegó el funcionario y llamó al estrado a los dos mejores estudiantes.

—¡Enhorabuena, Albertina, por tus excelentes notas! —dijo—. Pero eres demasiado mayor. La beca es para...



Albertina intentó no llorar.

—Eso es injusto —gritó Betty saltando de furia—. ¡Eso no estaba en las reglas!

¿Cómo iba a ir ahora Albertina al instituto? Arrastró los pies todo el camino hasta casa.

La profesora escribió al periódico sobre la injusta decisión. El hermano Joe, de la Misión Católica, leyó la historia mientras desayunaba. Rompió su huevo cocido con un énfasis especial. Le acercó el periódico al padre Bernard. A él tampoco le gustó nada la historia.

Pronto hubo una beca para Albertina. Mariazell, cerca de Matatiele, estaba muy lejos de Xolobe, pero todo el pueblo estalló de júbilo. Su niña iba a ir al instituto. Sería un orgullo para ellos. Organizaron una fiesta sin igual. Las mujeres prepararon la cerveza de sorgo y encendieron los fuegos. Mataron pollos y prepararon ollas de carne. Albertina sonrió hasta que le dolió la cara.



Preparó su maleta marrón y volvió a lustrarse los zapatos. Antes de tomar el autobús hacia Matatiele, se despidió de Shishi. Albertina le cepilló el pelaje y le acarició las crines. Susurró todas sus preguntas al oído sedoso del caballo:

—¿Y si me pierdo? ¿Haré nuevos amigos? ¿Seguiré siendo inteligente tan lejos de casa?

Shishi relinchó y pateó el suelo.

Los días de colegio empezaban mucho antes del amanecer. Las chicas se lavaban rápidamente con agua fría y barrían los dormitorios antes de la misa. Las natillas nunca eran suficientes y el cocido no era tan sabroso como el de su tía. Pero Albertina estudiaba mucho. Jugaba al netball las tardes soleadas.



En sus vacaciones escolares, Albertina trabajaba en el puesto de la misión. Frotaba y restregaba contra la tabla de lavar de zinc. Hervía sábanas en cubas de cobre y luego las pasaba por el escurridor. Cultivaba el huerto escolar, pero echaba de menos a su familia. ¿Quién les contaba historias divertidas a sus hermanos y hermanas? ¿Quién les secaba los ojos cuando lloraban? ¿Quién les hacía cosquillas hasta que se reían?

Albertina adoraba a las monjas que le enseñaban. ¿Podría convertirse en una santa hermana?

—Pero las monjas no cobran —le dijo el Padre Bernard—. Tal vez deberías ser enfermera. Te pagarán mientras estudias.

Albertina tomó un tren a Johannesburgo. Se compró un elegante uniforme blanco, zapatos nuevos azul marino y una brillante pluma roja. Los enfermos acudían todo el día al hospital. Ella limpiaba sus heridas con dedos cuidadosos. Abraza a los ancianos con suavidad. Cuando los bebés lloraban, les cantaba:



—Sé fuerte, pequeño. El invierno no es largo. Sé valiente, pequeño. ¡Juntos somos fuertes!

Algunas noches, Albertina trabajaba hasta el amanecer. Miraba por la ventana y pensaba en su familia. ¿Tenían hambre los niños? ¿Iban a la escuela? ¿Quién montaba a Shishi? Recordó las espinacas verde oscuro. Echaba de menos el aroma de la tierra. Aquí no había huerto. No había sitio para un caballo.

Albertina nunca iba a fiestas. Ahorraba hasta el último chelín. En sus días libres, aprendió a jugar al tenis. ¡Pim! ¡Pum!

Golpeaba la pelota contra la red. Siempre deseaba un poco más de dinero para enviar a casa.

Walter Sisulu era un hombre valiente e inteligente que soñaba con la libertad de Sudáfrica. Su gran sonrisa cautivó a Albertina. Caminaron juntos por las calles de la ciudad. La delicada mano de ella se apoyaba en el brazo de él. Walter quería que Albertina fuera la madre de sus hijos.



Cintas brillantes decoraban el Centro Social de Hombres Bantú el día de su boda. El vestido de Albertina, de manga larga, llevaba una cola de encaje. Muchos amigos bendijeron su día especial. Albertina plantó flores en su pequeño jardín. Al cabo de un año nació Max. Albertina se había convertido en madre. Algún día la llamarían la madre de la nación.

Max tenía los ojos negros de su madre y la barbilla redonda de su padre. Era la esperanza de su futuro. Albertina quería luchar por una nueva Sudáfrica, para que Max pudiera ser libre. Cuando él lloraba, ella cantaba:

—Sé fuerte, pequeño. El invierno no es largo. Sé valiente, pequeño. ¡Juntos somos fuertes!

La policía llegó en mitad de la noche, aporreando la puerta. Albertina regañó a los hombres que habían destrozado su casa.

—¡Qué maleducados! —dijo—. Pisoteando barro dentro de mi casa.

Por la mañana, las flores favoritas de Albertina yacían aplastadas bajo sus pisadas. Recordó que había echado a las gallinas de su huerto en Xolobe y se dispuso a replantarlo. Sabía que la tierra se recuperaría.



Apoyaría a su marido, que guardaba muchos secretos y se escondía de la policía.

Se unió a las mujeres y trabajó para organizar una marcha a Pretoria. Las mujeres se negaban a llevar un pase. Cantaban:

—¡Wathint' abafazi; wathint' imbokodo! ¡Si golpeas a una mujer, golpeas una roca!

Siguieron muchos años duros tras la detención de Walter. Estuvo encarcelado en Robben Island durante 26 años.

Albertina también fue enviada a la cárcel muchas veces. A menudo tenía miedo. A menudo se sentía sola.

Pero incluso en las noches más oscuras, podía ver un rayo de luna a través de la ventana de su celda. Cantaba la canción que Ma Monikazi cantaba antes de que ella naciera:

—Sé fuerte, pequeño. El invierno no es largo. Sé valiente, pequeño. ¡Juntos somos fuertes!

